



GOLIZA AZTECA



La selección mexicana de fútbol venció ayer 4-0 a un débil cuadro iraní, en un encuentro que estuvo marcado por el debut en el *Tri* de Nery Castillo, atacante del Olympiakos de Grecia, quien a pesar de sus esfuerzos no pudo marcar un tanto; Borgetti, Lozano, Fonseca y Torrado fueron los anotadores ■ Reuters

■ 24a

hoy



columnas

NAVEGACIONES • PEDRO MIGUEL	4
DOMINGO • ENRIQUE GALVÁN OCHOA	6
A LA MITAD DEL FORO • LEÓN GARCÍA SOLER	16
BAJO LA LUPA • ALFREDO JALIFE-RAHME	18

opinión

MARIO DI COSTANZO	15
JOSÉ AGUSTÍN ORTIZ PINCHETTI	18
GUILLERMO ALMEYRA	20
NÉSTOR DE BUEN	20
ROLANDO CORDERA CAMPOS	21
ANTONIO GERSHENSON	21
ADRIÁN LAJOUS	24
ANGELES GONZÁLEZ GAMIO	34
BÁRBARA JACOBS	6a
CARLOS BONFIL	10a

EJE CENTRAL

Un secuestro

CRISTINA PACHECO

¿S igues llorando? No fue para tanto: sólo unas cortaditas. Nada en comparación con los raspones que te dabas cuando te caías de *nuestro* árbol en San Alvaro. No estoy exagerando. Era *nuestro*: ningún carbroncito del barrio podía subirse al árbol a menos que le diéramos chance.

Tobías salta de la mesa en que se hallaba sentado, saca de su chaleco de miliciano un pañuelo y se aproxima a Marisa. Ella retrocede hasta tocar la pared con la espalda. El gesto de rechazo disgusta a Tobías:

—Te lo estoy ofreciendo en buena onda —arroja el pañuelo—. Puedes alcanzarlo. Anda, haz un pequeño esfuerzo y tómallo. Debes limpiarte: no te ves bien con la cara batida de lágrimas y mocos. Cuando éramos niños una vez me comí tus mocos verdes. Escurrían gruesos, densos y se me antojaron. ¿Qué quieres? Cosas de chamacos. ¿Por qué escondes la cabeza entre las rodillas? Ya lo sé: te dio vergüenza lo que dije.

—Eres tú quien no quiere oírme. Si lo hicieras, no me tendrías aquí —Marisa observa con horror la cinta canela que ata sus muñecas y sus tobis-

llos—. No puedo creer lo que me está sucediendo.

—Pues más te vale que lo creas. Todo es real. Si piensas que estás soñando, pellízcate. Lo haces muy bien. Tuviste una buena entrenadora: la madre Eduvigés —Tobías se frota el brazo—. Me parece que aún tengo los moretones que me dejaste sólo porque no me supe el Credo.

—La madre Eduvigés me ordenaba que les diera un pellizco a quienes no se supiesen las oraciones.

—¿Qué obediente! —Tobías se vuelve y mira hacia la calle por la ventana alta y muy estrecha, apenas un respiradero—. Eso también es cosa de familia. Traemos en la sangre los genes de la obediencia. Mi amigo Benny me ordenó que te invitara a salir y lo hice.

—¿Fue idea suya?

—*Fifty-fifty*. Digamos que a él se le ocurrió lo del secuestro y yo diseñé la logística. Qué palabrita, ¿no? Suena bien. La usan los profesionales. ¿No los has oído en la *tele* cuando los atrapan? Salen panzones, mal vestidos, todos maldreados; se nota que se están cagando de

miedo, pero ni así olvidan la palabrita “logística”.

—¿Por qué lo hiciste?

—Bien que lo sabes ¡no te hagas! Por dinero y no porque te odie ni nada por el estilo —Tobías escucha los gemidos de Marisa—. No te estoy lastimando. ¿Por qué lloras?

—Tengo miedo. Todo es tan horrible. No sé dónde estoy, no comprendo —Marisa cierra los ojos y agita la cabeza—. Somos primos hermanos, por nuestras venas corre la misma sangre, pero no te importó.

Tobías se hinca ante su prisionera y con suavidad la toma por el mentón:

—Nada de eso cambiará, no te preocupes. Seguiremos siendo primos y por nuestras venas correrá siempre la sangre de los Márquez Tapia —alcanza el *cutter* que está en el suelo y, ante el horror de Marisa, se hiere el índice izquierdo—. ¿Ves mi sangre? ¿La ves?

—¿La veo, la veo!

—Es tan roja como la tuya, ¿o no? —se lleva el dedo a la boca y le da un lengüetazo—. Sabe dulce. Pruébala. Dame gusto, después de todo yo probé tus mocos.

A PAGINA 38

DESPIDEN A GURROLA EN BELLAS ARTES



Familiares y amigos, dramaturgos, actores, directores de teatro, escenógrafos, músicos, promotores y críticos acudieron ayer a la cita para dar el último adiós al artista. La escritora Margo Glantz, una de las que asistieron al acto, resaltó que pocas personalidades del arte escénico nacional han tenido la “consistencia genial” de Juan José Gurrola. En primer plano, su hija Edwarda monta guardia ante el féretro ■ Victor Camacho